

LADISLAO GRYCH

## LA TIERRA DE JESÚS <sup>(7)</sup>

Recordando a mis hermanos que viven en las tierras  
del Noreste de Durazno en Uruguay

Al principio, me preparaba para la Novena en Metán (Salta); pero como me pareció que no la iba a predicar, me ocupé de esas reflexiones; y así surge el texto que trata de las vivencias con Jesús, las que nacen cuando recorro esos lugares poco poblados con una vida quizás, uno poco más reflexiva; quizás más abierta para el Señor.



## PREFACIO

Me impresiona el paisaje en el Evangelio, pues resguarda una visión muy profunda en el Mensaje de Jesús, de modo que, al descuidar el paisaje, se cometería un grave error.

La naturaleza no es casual en la vida, sino que expresa una manera de contemplarla muy honda y plena; y con tan sólo mirarla, podemos intuir la vida humana.

El hombre quiera o no, es parte de lo que lo rodea; la vida que nos toca, entra en nosotros y sin detenerse llega hasta el espíritu; allí la naturaleza se arrodilla ante el espíritu que fue creado por el Señor.

Tuve la gracia de recorrer esos pequeños pueblos del Noreste de Durazno, poco poblados, donde las casas se pierden por la distancia, mientras que las familias quedan escondidas como las perdices en el campo.

Los lugares se guían por las escuelas, las postas sanitarias y las capillas: allí, llegan los maestros, los médicos hacen sus visitas, y si llega un sacerdote de la Misión, es porque la parte espiritual es bienvenida por la gente de campo.

Esta vez, llegué a los trece lugares que pertenecen a nuestra misión; solemos recorrerlos, por lo menos, una vez por mes; es una experiencia muy buena para el sacerdote, mientras se halla con gente nueva cada día.

En este escrito comparto lo que viví en esos trece días que coinciden con el Tiempo de Pascua, esperando la venida del Espíritu del Señor. Aún pensé mucho en estas tierras con el Evangelio en mi corazón; por eso, el título del escrito; y me pregunté si estas tierras serían de Jesús; me pareció que sí.



## 1. CHILENO

Sopla el viento; atraviesa los campos y los caminos, peina las tierras y los techos; si quedan algunos días de calma, pronto comienza un nuevo viento.

El viento es libre, pasa por donde quiere, cambia su rumbo, a veces, varias veces el mismo día.

Aquí vive el hombre que espera cada día alguna novedad, en una vida pareciese tan igual, monótona; y ese hombre de campo, hasta en las cosas cotidianas, halla la riqueza; pues, es sensible frente al cambio; lo espera y lo presiente.

El viento anuncia un cambio.

El hombre sabe discernir lo que trae el viento, está atento por las lluvias; mira el cielo y el viento; los lee como una carta abierta en ese encuentro; es una bendición.

Entonces presiente lo que le llega del Señor, a Jesús con el Aliento del cielo, pues el soplo del Espíritu es fuerte; quien vive aquí, lo percibe de veras.

El viento sopla casi cada día; si una vez trae la lluvia, otras veces seca la tierra, mientras acaricia la vida que se levanta al cielo.

Las colinas y los valles se asemejan a la senda por donde pasa el viento; nadie se esconde ante él; sólo los pequeños bosques protegen por un rato, y las casas guardan sonidos agradables, entre murmullos.

Cuando el fuego ya está prendido, el viento emite un sonido que nos acompaña; ¿no será que el soplo del Espíritu estaría por despertar un Fuego en el interior de nosotros?

Con tan sólo mirar la vida con el corazón, el Señor está en nuestro interior, y todo respira a un gran Señor de la vida; es donde el hombre es importante; no obstante, hundido en un mundo con su viento que une vidas y acontecimientos, como

la pequeña parte del gran Acontecimiento del Señor.  
Hoy en día, la fuerza de la civilización penetra esa vida que hasta hace poco fue sagrada, inamovible.  
La tentación es fuerte y no sabemos adónde lleva al hombre, en la lucha que está viviendo, confundido y atontado.  
¿Por dónde caminará el hombre de campo?  
¿Qué pasará con él? No sé qué pasará.

Los vecinos esperan a que la luz llegue a sus casas, y que la corriente encienda las heladeras y los televisores; quieren oír la voz, y ver la imagen del mundo entero, ansiosos por lo que traen las guerras, novedades que asustan, y tantas imágenes del hombre enfermo, que supo llegar a los medios para poder llenarlos con lo que es él, a veces, lejos del mundo creado por el Señor; es la ansiedad del pueblo por un progreso justificado.

Pero, ¿no sembrará la confusión en este mundo?; y si la siembra, ¿adónde llegará el hombre y qué pasará con él, con la tierra? Pues si se queda con la tierra, ¿será el hombre que supo vivir en paz y unión, y ver la tierra como la Gracia?

Los vientos traen las lluvias que anuncian la vida.  
El hombre sigue buscando nuevos aires que provienen de la civilización que es buena y, a la vez, perturba a la vida que ha sido formada e inspirada durante mucho tiempo.  
Hay un movimiento por lo que llega de los grandes centros, lo que viene del mundo; ¿y quién puede impedirlo, si es como una ola que va inundando los campos?  
Es la ola cada vez más inmensa.

El hombre de campo tiene su vida, sus cosas, lleva su ritmo; sin embargo, lo que recibe lo envuelve; exteriormente imita lo que proyecta la propaganda en él, en su corazón distinto, propio de su tierra; hoy soporta una invasión.  
El hombre, en el nombre del progreso, había dejado las cosas

que eran suyas, a veces, casi su propia identidad. Por eso, se hace extraño en su tierra, que se le torna extraña. El campo y el hombre, en el nombre del progreso, comienzan a perder su identidad.

En esa vida quiere entrar Jesús; viene hoy; la gente lo percibe como un presentimiento; es porque los hombres ven, cuando necesitan al Señor para enfrentar su vida.

Él viene a tiempo, justamente hoy, por la gente de nuestro tiempo; viene con su paz de siempre, con esperanzas que en esta tierra están leídas con claridad, a pesar de que el hombre no sabe reconocerlo desde el primer instante.

Jesús entra con el Mensaje único, a la vez, nuevo.

Sí, camina por esta tierra y la gente está por recibirlo.

Jesús entra en la vida que está como en el cruce de los caminos, pareciese sin conocer el rumbo.

No sé si el pueblo sabe su verdadero rumbo, y cómo caminar en el tiempo que acelera a la vida.

Jesús no quiere frenar los tiempos, pero sí, enfrentarlos con un nuevo espíritu, al brillar con su luz en los corazones, al iluminar el camino que se pone difícil, mientras siembra la paz entre la oscuridad que debe ser superada.

Él entra en nuestra vida, camina entre nuestra gente.

En medio de la ansiedad por el progreso, entra Jesús con el Proyecto que sólo en alguna parte coincide con lo humano, superándolo. Entra en la vida de su pueblo, que si bien, está ansioso por sus cosas, más aún, espera lo que el Señor puede brindar por sus hijos en el tiempo de la transformación.

Creo que la sed por Jesús es la gracia más grande que vive el pueblo.

Al compartir la santa misa con los que vinieron a celebrarla, le pedí a Jesús que fuera misericordioso para con su pueblo,

que bendijese su obra de electrificar la zona, y que esta luz no confundiese a nadie, sino que más bien, buscaran la verdadera luz, la de siempre.

Creí que era un momento justo para pedirlo: no lo compartí con el pueblo, pues pensé que aún sería otro el momento para decírselo; entonces, se los diré.

## 2. BLANQUILLO

¡Tierra blanca que surge de la profundidad!  
¡Con sólo limpiar tu cara te ves blanca!  
El hombre te descubrió; por mucho tiempo, te respetaba.  
Tu vida blanca fue como misterio.  
Hoy te lleva para venderte a precio de sus ganancias.  
Te usa, y tú estás calma; y siendo pura, no necesitas hablar.  
¿Para qué hablar, si el hombre no te hace caso?  
Entonces, te callas, te brindas para las cosas que él necesita,  
aún cuando él hace su negocio.

Cruzan los camiones, llevan las piedras blancas a los lugares  
de producción, donde las transforman en cosas útiles.  
El hombre te usa y tú eres obediente.  
Se conmueven las colinas, las fuertes máquinas entran en tus  
entrañas; con sus brazos alcanzan tu profundidad, sin piedad,  
todo el tiempo; estás ante el hombre que necesita venderte.  
Los camiones pesados rompen las carreteras; cada día te van  
llevando más lejos del lugar donde naciste.

¿Dónde está el tren que saludaba cada día?  
¿Y la gente que viajaba por sus necesidades?  
Todo ha cambiado: la estación queda como un recuerdo.  
Hay que llorar cuando el pueblo sufre, cuando cambia su  
vida de un día al otro.  
Los galpones sirven para otra cosa; por lo menos, pueden ser  
útiles para un pueblo que quiere crecer a toda costa.  
Mientras el pueblo guarda sus esperanzas, algunas de ellas se  
transforman en la realidad que no tiene límites; y el tiempo,  
como el viento las lleva lejos.  
Mientras caen unas pequeñas semillas, mañana llegarán a dar  
sus frutos; pero aún hay que esperar.

En los galpones, las mujeres trabajan con lana; ganan poco,

pero igual lo hacen con dedicación, porque las prendas tienen el valor que no se paga con ningún dinero.

La lana es el fruto de la naturaleza, aún sacada con sudor; se la vende para sobrevivir, cuando se puede hacerlo.

Pues hay que vivir y cubrir los gastos, cuando los chicos van a la escuela y es necesario comprar medicamentos.

La vida de muchos es así, hay que verla para comprenderla.

Las mujeres del pueblo trabajan con lana; la limpian, la tiñen y tejen cosas apreciables con sudor, dedicación y alegría; no por altos precios ni por grandes ganancias; pero si llega a la casa algo de dinero, será muy útil.

Las artesanías, frutos de arcilla, nacen con nuevo esfuerzo, en un pueblo que no tiene trabajo, pero lucha y es inspirado para hacer nuevas cosas, al transformar la tierra blanca.

En el taller hay productos que pasan por el torno, y luego por el horno; las manos pintan y adornan; y de esta manera, nacen piezas hermosas.

Si el pueblo quiere vivir, no hay que apagar sus sueños ni la poesía que nace; así, se despierta el corazón, el espíritu entra en la creatividad que no está muerta, a pesar de que se la vende por tan sólo algunos pesos.

Sigo pensando en mi pueblo, en su vida, su futuro.

¿Cuál es el futuro que le espera?

En el mundo que se vale por sí mismo y aún sabe imponer, y oprimir con los medios que parecen inocentes, ¿qué pasará con la gente que sigue luchando cada día por un pedazo de pan y se conforma con tan poco? ¿Qué será de mi pueblo?

Y pensar que, en estas condiciones tan limitadas, el pueblo se muere o se va despertando por los ideales y sanas luchas, por las respuestas que en otras circunstancias no las hubiesen podido soñar. Es que la vida se transforma, mientras asume esa realidad adversa, que condiciona el crecimiento.

Cuando el pueblo está oprimido por la realidad que la vida trae, a la vez, se crea como una poesía que no sólo sirve para sobrevivir, sino que, al nutrirse en el espíritu, se despierta a la grandeza que podría alcanzar algún día.

Entonces, al esperar los cambios que estarían por venir casi silenciosamente, pero con una visión lejana, hay que superar muchas vivencias, por mucho tiempo.

Pues el espíritu se prepara; se va despertando un fuego, y cuando prenda bien, lo demás vendrá; a pesar de que aún debe enfrentarse con otras realidades, sin buscar la guerra.

La boda para el pueblo donde todos se conocen, es una gran fiesta. Todos participan y si no están entre los invitados, por lo menos, vienen para curiosear, mirar, compartir.

Fui a la boda en Blanquillo; me invitaron y aún, acepté con alegría; fui a bendecir en el Nombre del Señor, a un nuevo compromiso de la vida.

Jesús estuvo en esta fiesta llena de gozo y alegría.

Los pueblos tienen su propia vida; a pesar de que imitan a la ciudad, aún no cambia su espíritu que se expresa en la fiesta. No hubo mucho vino como en Caná, pero no faltaban whisky ni gaseosas para que pudiesen saciarse en una noche sagrada, luego de que el Señor bendijo a los dos, al fundar un nuevo hogar: si quieren, un hogar feliz que anticipa nuestra casa con el Padre en el Cielo.

En esta noche sagrada estamos bien, felices por lo sagrado del Señor; Él bendijo a los novios y la fiesta de su pueblo.

Pensé en la tierra blanca y en la gente que vive en esta tierra. Me pareció que había cosas en común, porque siempre es así; hay algo que une este pueblo con las tierras blancas.

Sin embargo, las mismas están como escondidas, cubiertas de otras tierras. Aún, las piedras blancas se van mezclando con la tierra que traen el agua y el viento; las que quizás, en

otra oportunidad cubrían esta zona, quedan por debajo de la tierra que el tiempo sigue acomodando; alguna vez apurado, otras veces, no tanto.

¡Cómo ha cambiado la vida!; ¡y cómo cambia el pueblo!

Jesús se encontraba con la gente llena de sus pesares, y solía detenerse ante la vida con respeto y compasión.

Él sabía dónde estaba la tierra que el Padre había ofrecido a sus hijos; aún buscaba esa tierra en la oscuridad, en la profundidad del corazón; así abría el camino para la Vida del Señor.

Jesús miraba el corazón, no la tierra por fuera; allí sembraba su paz y su amor, de este modo, la vida se iba transformando; y pensar que Él estuvo más cerca de los pecadores que de aquellos que se consideraban justos.

Jesús habló de las tumbas blancas sólo por fuera y por dentro llenas de voracidad, de engaño, de maldad, de injusticias y de guerras; y no es esto lo que espera el pueblo que presiente tus cambios, Señor; mientras espera tu paz, tu Palabra para este tiempo y la luz que ilumina un recto camino.

Se abren tantos caminos; sin embargo, no todos provienen de la pureza del corazón. Por eso, llevan donde llevan y no se pueden esperar otras cosas; si alguien lo esperase, tan sólo se engañaría; pero hay una esperanza que supera todo, a pesar de que está pronunciada casi en silencio; es la que nos trae Jesús, sembrándola en los corazones puros.

Pues, entre todas las esperanzas hay una escondida, la última, la más silenciosa, la que no se pierde nunca, a pesar de que debe pasar por mucho tiempo, casi por un olvido.

Sin embargo, el olvido se transforma en un silencio solitario que suele ser bueno, por un nuevo crecimiento.

Hay que superar muchas cosas, enfrentar los tiempos y los proyectos de los hombres.

### 3. CERRO CONVENTO

¡Cerro Convento!; ¿dónde estás que no te veo?

¿Por qué te llamas así?; ¿acaso hay un cerro escondido en estas tierras tan hermosas, más allá de lo que los hombres siguen contemplando?

El Señor lleva su Proyecto y los nombres buscan su propio sentido; y por alguna razón, Cerro Convento nos llega dentro de una realidad que nos toca vivir.

Tu Nombre me inquieta, me llama y me hace preguntar; pero no sé cómo hacerlo.

La capilla está como perdida en los campos, protegida por los eucaliptos; casi la pierdo, al seguir mi camino; recuerda a Santa Teresa, mística española; es que nada es casual en este mundo, y que ella esté aquí.

La Santa nos inspira a contemplar, como si la vida en estas tierras comenzase de esta manera, entre los campos abiertos a los vientos del Señor.

Los campos están abiertos para sus vientos y las tierras están dispuestas a recibir de arriba, para iniciar la vida en la tierra, pero sembrada desde los Cielos.

La vida en el campo quiere unir muchas cosas: por un lado, sigue casi por su instinto, con lo que se despierta de la tierra bendecida por el Señor; pero a la vez, se siente invadida y confundida.

El campo no está tan tranquilo como antes; la vida no es tan natural ni tan sencilla como antes; si ya está invadida por las cosas que la atrapan, necesita mucha fuerza para defender lo propio de siempre, no confundirlo con la nueva realidad que no parece tan oscura, sin embargo, lo es.

La civilización no puede aislarnos de la tierra y menos aún, degradarla.

La tierra es madre; si bien, es como una servidora, siempre se queda como buena madre, con quien nos unen el respeto y sentimientos más profundos que nos reconfortan, mientras aún caminamos cumpliendo nuestra misión.

La civilización no puede aislarnos de nuestra madre tierra; la madre no produce, sino da la vida, la alimenta y la sostiene con su amor, con su ternura.

Hay que estar en paz con nuestra tierra y nadie ni nada puede interrumpir, ni cortar el vínculo que está en lo más sagrado de la vida.

Con tan sólo ver los campos, la vida en medio de los vientos, el nacimiento, el crecimiento, el cambio y la transformación, entramos en un clima que nos hace vibrar y vivir de un modo particular en el mundo del Señor.

Con respirar el aire y tomar agua que da tanta vida alrededor de nosotros, somos parte del crecimiento que el Señor tiene en cuenta. Son valores que no podemos perder, no hay precio que valgan; y si bien, la vida tendrá sus nuevas exigencias, éstas no pueden superar lo sagrado; al contrario, deben hallar su lugar en medio de la realidad que es como eterna.

Cada día, la vida en el campo promueve una nueva reflexión, en una lucha por los valores de siempre, que aún hay que defender; a pesar de que los proyectos del hombre suelen ser astutos y confunden mucho.

La vida en el campo ya es como un eterno retiro; hay tiempo para pensar y orar con los pulmones abiertos.

El espíritu se despierta aquí, las cosas vienen solas, la vida se presenta ante el Señor, como arrodillándose, con reverencia y humildad. De este modo, el Señor quiere que seamos bien sinceros, abiertos, al vivir bajo su mirada, como toda la vida bajo el sol que patrocina cada día.

Si vienen las noches llenas de miedo e inseguridad, el Señor está para poder enfrentarlas, pero en el tiempo suyo; Él está

al alcance de nuestras manos.

Mi vida ya está en el campo; estoy aquí, por alguna razón, en un lugar donde contemplo al Señor, en un mundo puro, aún transparente de su presencia.

Para contemplarte, Señor, debí retirarme; me dijiste que lo hiciera; pero no debí alejarme de ti; justamente, para hallar tus tierras donde estás.

Quiero hallar tu presencia, en el suspiro de los campos; así puede respirar mejor mi vida.

Tu presencia me despierta, y me lleva; ya puedo caminar no como antes, porque tú estás dentro de mí; y si estás, todo se transforma.

La tierra se llena de eucaliptos; mientras cambia el paisaje, voy respirando al Señor en su tierra.

Los que viven aquí, tienen al Señor con sólo abrir los ojos; sin embargo, luchan por su fe y por la gracia, al enfrentar la realidad de cada día, que si no es fácil; aún abre el camino del crecimiento en estas tierras.

Quien mira bien la tierra, comprende mejor su propia vida, entre el esfuerzo y las sequías, los vientos, el calor y el frío; es que la vida no puede ser otra, sino sólo ésta.

Aquí también, hay que buscar la paz y la comprensión que no vienen pronto; y así debe ser.

Hay que luchar por el Señor, mientras la vida está en medio del crecimiento a cada instante.

Hay que luchar por la alegría, cuando el sol sigue su camino; mientras el viento limpia su cara, despojándolo de las nubes, el Señor seca las lágrimas de nuestros ojos, pues su Aliento limpia el Cielo para que aparezca el Sol en nosotros.

En medio de la casa están los leños ardiendo; un fuego lento

aún permanece por muchas horas del día.

Ese fuego reúne a la familia con el mate que da calor y un espacio para charlar, compartir; es un tiempo sagrado para la familia, no hay que perderlo.

Mientras los vientos rozan la casa por fuera y el frío viene a la puerta, la familia está en torno de un fuego viviente.

El Señor habla sencillamente a los corazones; reinan la paz y el amor; hay calor, hay vida.

Me gustaba compartir el fuego y los mates; de esta manera, podía acompañar a la familia, con respeto y aún, estar más cerca de la vida.

Esas vivencias que son muy gratas para mí; me recuerdan al Evangelio, a Jesús, a sus amigos y los lugares donde iba Él; hoy quiero recordar uno más, tan importante como aquellos; lo bendigo con la misma bendición de Jesús.

Más tarde volví a la capilla; llegaba la hora de la liturgia que congregaba a las familias.

Luego, el día terminó pronto; vino la noche como cada día; la gente volvía a sus casas.

Cuando me acosté, escuché los ruidos; me pareció que los animales aún buscaban su lugar para pasar esa noche que era fría y bastante húmeda.

Los ruidos no eran molestos, pero me preguntaba: ¿por qué la inquietud, y qué es lo que me inquieta en una noche?

Y comencé a orar mirando mi corazón.

#### 4. CHILENO GRANDE Y CAÑAS

Al llegar a la Capilla de Chileno Grande y Cañas, miré el paisaje y el agua del río que desbordaba; aún me pareció un paisaje cercano a las tierras de Jesús.

Él atravesaba el agua, hablaba desde la barca cuando la gente venía a escucharlo; había muchos que iban a Jesús y Él sabía decir lo que necesitaba el pueblo.

Justamente aquí, nació la inquietud; sentí que debí escribir sobre esta tierra por donde Jesús caminaba, porque Él debía predicar en el lugar donde el agua atrae las tormentas, pero a la vez, llega la Palabra que calma.

Si Jesús camina entre el desierto y los campos, y la gente sale a su encuentro, entonces, ¿no podría ser esta tierra de donde Él quisiera dirigir el mensaje a los pueblos?

Es que, en la tierra como ésta, ante el agua, el mensaje llega distinto, se proyecta real.

Hay algo que tiene la tierra, y algo propio del agua, para que la Palabra del Señor sea justa, a tiempo.

Estoy aquí; presiento como si fuesen las tierras de Jesús, como si Él hablase hoy.

Me detuve por un tiempo; sentí que debí abrir el Evangelio para recorrer los relatos, acontecimientos.

La Imagen de Jesús se me hizo fresca, sentí la cercanía de los hechos; veo a Jesús que habla aquí; es tan fuerte la Presencia que no hay tiempo para dudar.

¿Dónde está la gente para escucharlo, quién la va a invitar?

¿Vendrán los discípulos a recorrer los pueblos, a anticipar el paso de Jesús por este lugar tan propio de Él?

¿Y la gente, comprenderá este tiempo, vendrá aquí?

Si debe venir, lo hará y se encontrará con Jesús, en esta tierra frente al lago.

¡Oh, lago bendito! Con tan sólo hablarme de aquel lago por donde Jesús atravesaba, eres bendito; ojalá muchos tengan el mismo pensamiento; con tan sólo decirme que, desde una barca, Jesús enseñaba a la gente que tenía sed del Señor, eres bendito; que muchos se acerquen a tu costa, que guarden la Presencia de Jesús; que Él les enseñe como en aquel tiempo, porque lo necesitan. ¡Cuánta necesidad de oírte, Jesús, en la gente de tus tierras!

Tu Agua viene y va; y vuelve, así como tu pueblo quiere volver a ti; y si por un tiempo se fueron de ti, hoy quieren volver; si se enteran que tú estás aquí, volverán.

En un lugar como éste, Jesús colmó a la gente; pues no sólo necesitaban de pan, sino de su Palabra.

Sin embargo, la gente se conformó mientras comía, y no vio lo que Jesús hacía en sus corazones.

Es que cada cosa tiene su tiempo y lo que siembra Jesús en el corazón del hombre, precisa esperar hasta que la semilla logre brotar entre silencios y oscuridades; aún, hasta los que vienen a pedir pan y nada más, también reciben, porque en esa necesidad se esconde la sed del Señor.

Las casas cercanas al río son más humildes que en otra zona; aparecen los techos de paja; aquí la vida se apura menos con sus cambios, que no llegan tan pronto.

Viven las familias sencillas que se conforman con lo poco que les da la tierra.

Jesús se preocupaba por los pobres y le dolía si no tenían pan para comer; a la vez, hablaba de la felicidad en medio de la pobreza. Porque la dicha es posible, mientras uno es pobre; hay algo muy particular, en el mensaje de Jesús, que se hace entendible en esas circunstancias.

La gente humilde que vive aquí, escucha distintos mensajes; hoy, puede oír a Jesús y si lo comprende, es feliz.

Me imagino a Jesús que predica frente al lago, Quien siente y llora; comprende la pobreza y las limitaciones, la tristeza y el silencio, las angustias y los resentimientos; y con su llegada vienen la paz y la salvación.

Entonces, ¿qué más necesitarán, si están salvados?

Es que salvar la vida, es recuperar el valor de la misma, ya ser libres de miedo, de culpa, fortalecidos frente a toda clase de maldad que no oprime más; ni el corazón ni la mente.

Aquí, es más fácil hallarse con Jesús, y recibir su salvación; porque Él pasa por estas tierras.

Estas tierras pobres, con el lago y el río, proyectan el camino por donde Jesús pasa; y mientras al mundo, Jesús le interesa cada día menos, estas tierras y esta gente le responden; como si la vida aquí, fuese apropiada para responder a Jesús.

Su mensaje comienza a resonar, su voz no pierde nada de su fuerza; la gente viene a escuchar a Jesús.

Su verdadera voz es conocida, no hay otra que valga; sólo a esta voz quieren escuchar.

¿Cuántos más vendrán, los que quieren oír lo que es justo? Frente a muchas palabras vacías e injustas, es la Palabra que el corazón comprende y no necesita más.

¿Cuántos vendrán hoy y mañana, a buscar a Jesús?

Y si no lo encontrasen, irían al otro lado a buscarlo.

Si hay algo de sueños dentro de mi reflexión, es para que los mismos nos despierten; es que quien duerme, no puede sentir los pasos de Jesús en medio de las vidas; y Él aparece como jamás lo hemos visto, mientras el mundo está mal.

Aún te espero, Jesús, a que hables desde el lago que ayer no estaba; y si hoy aparece, es para que estés frente al pueblo.

Mientras celebraba la santa misa, miraba al lago; me pareció un sueño verlo; y hablé de Jesús, quien predicaba desde una

barca; así cuenta el Evangelio.

Los que me escuchaban, creían que Jesús estaba dispuesto a venir otra vez; mi corazón lleno de gozo se alegraba.

Te alabo, Señor, por Jesús de mi vida.

## 5. LA MAZAMORRA

Los vientos traen las lluvias del este.

Aún está el sol, se lo puede ver; sus rayos llegan a la tierra tiernamente; se va despidiendo, es su tiempo de quedarse tras las nubes que parecen lejanas, como las brisas del horizonte.

El viento es constante, casi no despeina, pero sigue soplando; es un buen anuncio, pronto llega la lluvia.

Todos miran al este y esperan la lluvia que viene de allí.

La tierra enfrenta el calor y la sequía, y espera la lluvia para nutrir a sus hijos.

Hay quienes ya descansan en paz; y los que se quedan, viven agradeciendo día y noche; es que ellos dependen de la tierra.

Y ella dispone de su vida; una vez es generosa, otras veces da poco, pero da lo que tiene, quedándose sin nada.

Ojalá los hijos lo vean y respeten a su madre.

Las casas en las colinas se ven de lejos; son de barro, de paja, en medio de un paisaje que es para contemplarlo.

Las colinas se levantan al cielo, como la vida.

Las casas son como los pequeños santuarios que surgen de la tierra a los cielos.

El sol gira toda la jornada, trae la luz y la vida al hogar.

La capilla de barro y paja, gastada por el tiempo, las lluvias y los vientos; es humilde, ahora, espera su renovación.

¿Será un nuevo tiempo para la capilla y para la gente?

La habían levantado, y se acercó la gente a la colina; hoy está como abandonada, espera a que el pueblo vuelva; parece que está por volver.

El agua y los vientos siguen moldeando la tierra, marcan las colinas y pequeños valles; y tienen su propio curso, mientras enfrentan las piedras y la tierra.

Los vientos corren noche y día, acarician a la madre tierra.  
A veces son molestos, violentos, y arrasan las vidas.  
Hoy, el viento trae la lluvia; pero a la vez, se lleva la tierra;  
¿hacia dónde?

Se despertó un nuevo viento, más fuerte aún.  
Las nubes empezaron a deslizarse entre el cielo y la tierra;  
los pastos vibran con el viento; ¿dónde están los pájaros?  
El viento trae la lluvia, vida en abundancia; todos la esperan,  
también la madre tierra.  
Ella ordenó a que todo el mundo disfrutase de la lluvia, que  
está por llegar; y cuando estén preparados, llegará la calma y  
el viento cumplirá con su tarea.

Me dejo llevar por el viento que sigue soplando; es para mí,  
por lo menos misterioso, constante en su tarea, aún llega con  
insistencia; no puedo estar ajeno a su soplo; es la inquietud  
que me sorprende, y despierta mi interior tan inquieto.  
Pienso en la gente que vive aquí; ¿hasta qué punto el viento  
es una gracia, para poder enfrentar lo que ofrece la vida?  
Y si se hace como un soplo del Señor que va despertando en  
el corazón del hombre; ¿adónde lo llevará?

El río bordea la tierra sagrada, como una cinta plateada que  
envuelve la vida; es manso pero turbio, mientras lleva mucha  
tierra y por eso, está lleno de vidas; es tan silencioso que no  
cansa nunca.

Se acercaron los caballos lentamente al río; entraron a tomar  
agua hasta saciarse, después de un día intranquilo.

Los pescadores prendieron fuego; aún no hay pescado fresco,  
pero el fuego está listo como en otros tiempos.

Hoy, el viento gira como el sol: comenzó del este y seguía al  
sol dando la vuelta, pero cuando se despidió del sol, que se  
asomó al río para perderse tras las barrancas, el viento volvió

al este, con un cielo más nublado aún.  
Aún sentí que anticipaba la tormenta; el pueblo la preveía;  
no es que la buscaba, pero la necesitaba de veras.  
El pueblo esperaba vivir su propia tormenta, como la tierra.  
Cuando pase la tormenta, se calmará.

El pequeño pueblo lleva su propio tiempo.  
El sol rige el trabajo, la vida está marcada por las temporadas  
y lluvias; tienen leche, batatas, pan casero.  
Las familias son numerosas, alegres; donde hay agua, van a  
lavar la ropa, en verano y en invierno.  
Los chicos van a la escuela; y los padres se preocupan si  
amenazan cerrarla por falta de maestro.  
No tienen luz eléctrica, pero escuchan la radio; todavía no se  
desesperan por cambiar de repente, ese modo de vida.  
Los mayores están bien y los jóvenes se van, a veces, sólo a  
las estancias no muy alejadas.

Conocen sus vidas y sus historias, las virtudes y debilidades.  
Las memorias resguardan bien las vidas que siguen flotando,  
cubiertas de cautelosos silencios.  
No se olvidan de nada jamás; ni la mejor computadora puede  
guardarlo como ellos; pero en medio de los recuerdos, están  
los sentimientos que crecen y transforman al pueblo.  
Hoy, el pueblo cree que a esta realidad es necesario vivirla y  
llevarla, sin poder hacer nada; de hecho, no hay familia que  
no tuviese algo contra otra familia y los años agregan nuevas  
cosas a estas vidas llenas de vivencias, transformando a todo  
el pueblo que, a pesar de su fe, se enferma cada vez más.

Las reuniones sociales y los bailes no son frecuentes, pero si  
los hay, se reúnen con los pueblos vecinos; vienen a caballo,  
todos llegan como pueden, en el tiempo de compartir y de  
fiesta. Pero, a veces, es la hora de revanchas, pues, lo que se  
guarda en el corazón por mucho tiempo, algún día explota,

en el momento menos previsible; así terminan hiriéndose, a veces, agregando al dolor una desgracia más.

Mañana es miércoles catorce de abril, día en que comienza un nuevo año de la capilla; y vengo a celebrar la Pascua del Señor. En la misa nos detenemos ante la muerte y la vida; y por un instante, nos quedamos con los ladrones crucificados junto a Jesús.

Me doy cuenta de que Jesús va entrando con su perdón en la vida de mis hermanos y en la mía; un tiempo de calma que aguarda otras tormentas en el corazón del pueblo; pero algún día, Jesús hará lo suyo plenamente.

Qué difícil es dejar el propio pensamiento y entregar todo en las manos de Jesús; y qué difícil es perdonar al hermano y a sí mismo; sólo Jesús nos entrega el perdón, frente a cualquier situación y cualquier circunstancia; Él es el perdón puro.

Pasó la tormenta con sus relámpagos que se hundían en los arenales; cruzó contra la corriente del río, con su furia.

Cuando el agua llega al campo, trayendo vida, los vecinos se quedan en sus casas; están bien, porque ha caído la lluvia con un sonido agradable.

A pesar de la tormenta y los relámpagos en el río, la lluvia era intensa, pero calma, apagando la sed de las tierras.

Y el Señor calmaba la sed en los corazones.

Entonces, me fui más tranquilo; culminó la tormenta, como si me hubiese esperado a que saliese por un camino ya más calmo, confiando en el Señor.

Él obra más donde hay miseria y hay que perdonar más; vino por nuestras miserias; si las reconocemos, está aún más cerca de la realidad.

Le pedí a Jesús que se quedase con su pueblo.

Ojalá lo vean, porque lo necesitan.

## 6. LA ALEGRÍA

La alegría es el fruto del encuentro con el Señor, cuando el corazón está en paz; es la expresión de una vida hallada en Él, aún plena.

¿Por qué se llama La Alegría?

Los que viven aquí lo saben, y para ellos les alcanza; en el Nombre hay algo propio de su identidad, mientras el pueblo que lo lleva se despierta.

El hombre suele buscar como alegrarse, en las reuniones que le ayudan olvidarse de su soledad, de su tristeza; aún quiere divertirse, al salir de sus tareas rutinarias que vive cada día.

El pueblo necesita de fiesta; y como no la vive con mucha frecuencia, se reúnen todos.

Recuerdo una fiesta en La Alegría, a beneficio de la Capilla y la Posta Sanitaria; fue un domingo de febrero.

A la mañana venían a caballo, se tomaban un trago y algunos se iban a sus casas; luego volvían a comprar chorizos, asado con cuero; el día entero compartían, algunos jugaban al truco y se ganaban cervezas; y a la noche, el baile ya con música moderna; festejaban la noche entera, y fue más fácil volver de día a sus casas, con el sol que se levantaba más alegre.

No bien comenzó el baile, las mujeres procuraron sacar los cuchillos de los cinturones de los hombres; y los guardaban para otro tiempo, para usarlos bien. Porque las mentes muy animadas con el trago, hasta podrían llevarlos a lo que no corresponde; y no fuese que cuando se despertasen, debiesen llorar. Porque había que pasar en paz este baile.

La capilla es solitaria; los vientos resbalan fácilmente por sus paredes; si entras, es como si estuvieses en su corazón, que acoge entrañablemente en todas sus partes.

Los vecinos suelen venir aquí, para buscar agua de un pozo, como si el agua saliese del costado de la capilla.  
Es tan solitaria la capilla, como parece la vida del campo que es alejada, en medio de la familia, la casa y los vientos.  
El sol también, es solitario sobre los horizontes de la tierra.

En plena soledad se puede descubrir lo que es importante.  
Aún, hay que ser paciente, y darse un tiempo, mientras nos vienen la confusión, el miedo y la nostalgia; cuando estamos inquietos, con ganas de huir o pasar ese tiempo cuanto antes.  
La soledad es buena, si no nos desespera; ésa nos limpia de lo inútil en nuestro interior, y nos abre hacia el crecimiento en el espíritu que viene del Señor.  
Pero, ¿cuánto tiempo tardaremos?

Los enemigos de la soledad son el miedo y la tristeza, muy hondamente grabados en el corazón; ahora, se despiertan con facilidad y aún más, de noches largas y oscuras; entonces, el mundo oscuro nos molesta y perturba.  
Pocas veces nos damos cuenta de que lo exterior nos ayuda a ver la oscuridad, los miedos y penas del corazón, y aún la soledad de nuestro espíritu; cuando logramos ver, empieza lo nuevo; y tan sólo hay que dar tiempo y orar, que el Señor nos llene con su Presencia.

La noche está llena de estrellas, por allí, cruzan las nubes.  
Mi corazón está encerrado, como con las puertas que cierran mi casa; ¿es porque tengo miedo de algo o de alguien, y casi espero que la noche pase cuanto antes?  
Sin embargo, es la noche que necesito y también, el tiempo de miedos que tengo; esta confusión es buena.  
Me veo muy pequeño en medio del mundo, Señor, pero si tú estás, más aún estás en mi corazón, por más encerrado que estuviese; ya dejo mis miedos en tus manos; y espero, por tu gracia, llegar a no sentirme tan solo.

El hombre llena su soledad con lo que ve en el camino; una vez con la realidad, otras veces con las personas.

Sin embargo, se queda solo hasta que no descubra al Señor, en lo más profundo del corazón; recién entonces, se despierta la vida como un río.

La soledad es propia del crecimiento, para los que hallan la fuente de la vida; y ellos buscan la soledad para ver lo que el Señor promueve; y cuando Él la vence, empezamos a vivir.

Miren los pájaros y las plantas, atentos por lo que son en su esencia; ¡cómo viven, y no se aburren ni se perturban!

Es porque están en su tiempo y saben vivirlo en su vida.

Miren el cielo, la luna y el sol, para descubrir el camino que el Señor había proyectado para nosotros.

Algún día, lo aceptaremos; entonces, buscaremos la soledad como una gracia para nosotros.

Es que, creciendo, podemos abrirnos para servir al mundo.

Hoy, para nuestra liturgia, vinieron las mujeres y los niños, pues los hombres fueron al boliche, también para reunirse; y son los modos de reunirse aceptados por la sociedad; es que hay tiempo para todo, y por hoy es así.

El Señor obra de tantas maneras en el mundo, donde somos sólo pequeños servidores de su gracia.

Quiero llegar en esta liturgia a los hermanos de La Alegría, y que Jesús los acoja en su corazón; que el Señor los bendiga.

No se turbe mi pequeño rebaño, dice el Señor.

Estoy con ustedes, en esta obra que les había encomendado.

Me entregaron su corazón y yo me entrego a ustedes.

Lleven mi corazón a mis hermanos dispersos en esas tierras, con frecuencia, solitarios, tristes y abandonados.

Háblenles de mí, como pueden, como saben y sienten; estoy con ustedes para hacer milagros.



## 7. CUCHILLA RAMIREZ

En uno de los edificios que pertenece al ferrocarril, se reúnen los cristianos de los campos cercanos; pues, tienen necesidad de compartir su fe, su esperanza; comparten su vida.

Si bien, todas las reuniones tienen su importancia, a éstas las toman con más profundidad; nos reunimos por la Eucaristía y las necesidades de la comunidad que vive y crece.

San Isidro Labrador patrocina a la comunidad que busca un futuro en estas tierras; mis hermanos que están aquí, desean buscar su progreso; y el Señor los bendice a ellos, y a las tierras donde viven.

En el mundo, el hombre se olvida del Señor; si vive en la tierra, ella ya no es del Señor ni la bendición del Padre para con sus hijos.

La tierra suele estar en función de la producción; el hombre dejó de amarla, porque dejó de amar al Señor.

Aún, quisiera gritar a todos los hombres que amen a la tierra, que les sirve como la madre a sus hijos queridos.

Las colinas y los valles, los pastos y los árboles, los caballos y los pájaros, el viento con las nubes y el sol, todos se unen en una poesía de la Vida.

Y el hombre se integra a la misma, disfruta de ella, con los brazos bien levantados en medio de la creación abierta a los Cielos; todo es una alabanza.

El valle cercano a la capilla del ferrocarril aún cruza con la vía: forma una cruz, si alguien lo mirase del vuelo del pájaro.

El Señor implanta la cruz de Jesús en la vida del campo tan sacrificada, que podría ser reencontrada por el hombre.

Sólo el Señor puede dar el verdadero sentido a la realidad,

que podemos ir descubriendo día tras día.

Nos reunimos para celebrar la Pascua del Señor: un jueves, pero aquí, el tiempo es diferente; mientras la tierra y la vida llegan a un profundo otoño, y se preparan para el invierno, estamos con Jesús entre las muertes, anunciando la Vida. La muerte es sólo un paso y no hay verdadera vida si no pasa por la muerte; y cuando todo se transforma, somos testigos de la Vida de Jesús que resucita en nosotros.

Hay que tener fe para ver la Vida, mientras la realidad se va destrozando y los demás ven sólo la muerte. Pero si creemos, resurge todo hasta dónde alcanza la Mirada del Señor. La fe transforma el mundo; por ella, Jesús resucitado entra en el mundo, cada día.

Un pequeño rebaño del Señor habla de otro tiempo: recuerda a un misionero que venía de La Paloma. Son pocos los que responden al llamado y quizás, en eso, habría que ver el cambio que debemos experimentar. Jesús habló de un rebaño que iba a enfrentar al mundo, si es que asumía su Vida; pues Él lo había promovido hacia un cambio interior, que significa vivir de una manera nueva. De ese modo, podemos salir a los hermanos que no vienen, para llevarles lo que ellos necesitan, a Jesús resucitado; es la visión que Él despierta, a la vez, nos prepara en su tiempo que es distinto del nuestro.

En medio del pueblo se van despertando los llamados, según el movimiento del corazón; el Señor los lleva por su camino, Él inspira qué hacer y cómo, y sólo hay que darle tiempo. Si de veras lo hemos asumido, el corazón responderá más de lo que esperamos; tan sólo hay que ser paciente y esperar; aún, hay que ver cómo el Señor obra en nosotros. Los hermanos también lo necesitan, pero tendrán su tiempo,

el del Señor en sus vidas; y Él nos pone como portadores de la Vida de Jesús, testigos de la siembra del Señor, en la vida de nuestros hermanos.

Cuando terminamos la liturgia, el sol descendía; aún estaba la tormenta que volvía de los arenales.

¡Cuánta transformación en medio de una tormenta que puede tocar a la vida!

Si ella está alejada del Señor, Él entra en la realidad con la cual se enfrenta, contra lo que el hombre había sembrado mal, en las vidas.

Salí apurado, porque debía llegar a Paso del Gordo; no quise que me alcanzase la tormenta en el camino; no obstante, aún esperé que me alcanzara el Señor; ¿quién lo comprendería?



## 8. PASO DEL GORDO

Las lluvias son bendiciones del Señor en la tierra, donde los caminos apenas suben y bajan.

Las casas en las colinas, aún vistas de lejos, expuestas al sol que gira desde la salida hasta el ocaso.

El agua de las lluvias forma los surcos, mientras resbala de las colinas; y se frena en los pequeños valles, en las lagunas que nacen, a veces, sólo por un tiempo.

La tierra recibe el agua: la esconde entre los pastos, que de pronto se tornan más verdes; hasta en otoño se transforman en más frescos, haciendo el contraste con el cielo.

¡Cómo impresiona el cielo de noche, con los vientos, lluvias y relámpagos!

Los ruidos de agua se mezclan con los truenos que retumban; no sé si asustan, pero sí, impresionan.

Uno se siente muy pequeño en medio del movimiento de la naturaleza, mientras el cielo con el agua renueva a la tierra; el hombre lo ve, se alegra y bendice al Señor por la lluvia.

Toda la noche llovió mucho; el agua penetraba la tierra que la acogía con cariño, como si hubiera un pacto entre la tierra y el agua.

El hombre espera al Señor e interiormente lo desea; nunca el Señor le alcanza, lo necesita más; tiene una sed de Él, que es extraña; pero a veces, el hombre se confunde, se conforma con lo que sólo artificialmente apaga la sed, por un tiempo, y luego la sed es aún más fuerte.

En el ruido del agua, que golpea del cielo contra el aire que halla en el camino a la tierra, es misterioso; pero no molesta, al contrario, atrae, casi atrapa.

El hombre quiere escucharlo con atención; ve la urgencia de

esta clase de sonidos que parecen monótonos, pero no lo son. A lo mejor, el Señor golpea el corazón del hombre, esa tierra seca; entonces, el ruido sería alguna señal del Agua viva que llega, mientras el corazón recupera la Vida del Señor.

Por la mañana, encontré a los animales despiertos: las vacas y ovejas se alimentaban, como desatendiendo la lluvia; y no creo que la misma les molestase.

La lluvia estaba en plena armonía con la tierra y los animales del campo, aún bañaba su piel con agua fresca de los cielos; mientras comían pastos húmedos, se refrescaban sus pieles y aún, las vacas se acomodaban contra el viento en medio de los valles.

El campo lleva su ritmo; y los que viven aquí entran en ese movimiento, como los peces en la corriente del río.

La vida se encamina; las estaciones del año la llevan, y las tareas se abren casi espontáneamente.

El sol y las lluvias componen una realidad donde el hombre asiste y colabora; mientras la vida sigue su ritmo, el hombre le acompaña y si quiere, disfruta con toda su alma.

Es tan hermosa la vida del campo para aquellos que la saben vivir y, quizás, en esa corriente, descubren su identidad.

Los que viven aquí, la tienen en su sangre.

Me detuve por un rato para meditar, y me doy cuenta de qué distinta es la vida de la gente de campo; y no tanto por las cosas exteriores, porque se visten y hablan igual; pero el ambiente y las distancias, la vida promovida por el sol y la lluvia, la naturaleza sana al alcance de la mano, proyectan un modo de vida que se torna natural, como debe ser.

La naturaleza, en gran parte, es la madre de toda la vida; no hay otro camino, si queremos volver a vivir.

Me detuve contemplando, e intenté comprender la vida que

surge naturalmente, con los pastos, animales y pájaros, y que resurge mientras el sol está por levantarse.

Escucho los vientos que soplan, el ruido natural de la noche; es un mundo que nos puede asustar; pero es así, porque nos fuimos lejos de la vida.

La humanidad se va retirando de la naturaleza cuando el hijo pródigo abandona la casa de su padre, para buscarla por sus propios caminos; ¿y adónde llega?

Pronto, el pueblo tendrá luz y eso cambiará la vida; o quizás no tanto, mientras no quieran llenarse de lo que les propone la televisión, ni abandonen lo propio de la vida en medio de la tierra; son vivencias que no se venden a ningún precio.

Los que viven aquí, no sé si lo saben, y deberían saberlo, que la televisión dibuja una imagen que suele ser una trampa para aquellos que se confunden, al olvidarse de la vida real.

Los chicos vinieron a la escuela; dejaron los caballos sueltos; la maestra les ayudó a ordenar las monturas bajo un techo de paja; se van secando hasta la vuelta a sus casas.

La escuela es agradable; y los chicos vienen contentos para aprender bien lo de primaria.

Luego, se quedan en casa y ayudan a los padres, o deben irse para estudiar, desprendiéndose muy temprano; pero no están acostumbrados a vivir de otra manera que en el campo.

No todos pueden vivir en la tierra que se achica, mientras los padres la reparten entre sus hijos.

La vida viene tranquila, cada uno está en su tarea; unos están en casa, trabajan silenciosamente, con sus labores de cada día; otros van al campo a ver los animales, a trabajar en la chacra, a recoger los frutos de la tierra; y siempre con el mismo espíritu en comunión con la tierra madre; eso se ve, se lee en los rostros.

La madre tierra está en los rostros de sus hijos.

Los frutos nacen de la convivencia permanente, alegre y feliz; son los frutos del hombre con la tierra; otros hijos más de la tierra y del hombre.

Señor, te pido que sigas transformando la vida.

Tus tierras y el hombre están atentos, y tú, Señor, estás en esta unión, bendiciendo al hombre y a la tierra.

La tierra se realiza con sus frutos y el hombre con los frutos de la tierra y de sus manos.

Acógelos, Señor y llévalos a tus alturas, donde el hombre solo no puede subir, pero lo hará por tu gracia.

Que lleguen los dos adonde tú quieres que lleguen, en ese camino de la vida con sus misteriosas transformaciones.

Sólo tú, Señor, sabes todo.

A pesar de la lluvia por la mañana, de tarde, vino el pueblo a la capilla de San Antonio y pudimos festejar la Pascua.

Antes, me parecía que sólo iba a hablar a los corderos y a las vacas, porque San Antonio predicó a los peces; pero hablé al pueblo, al mirar la vida del Señor.

Desde Él, la vida es distinta, las cosas cambian, los hombres son más hermanos.

En ese día de lluvia, el Señor llegaba a los corazones, y aún penetraba las tierras secas; mis hermanos lo comprendieron, lo vivieron profundamente, porque el Señor lo quiso de esta manera.

En la ofrenda de Pascua, recibe Señor la realidad: las tierras, lo que vive en ellas y al hombre con sus esperanzas; y recibe la Ofrenda Pascual, como lo hiciste con la Vida de Jesús el Viernes Santo.

Que la vida retome el gran Camino hacia la Transformación que tú, Señor, esperas desde siempre.

Tan sólo te presentamos nuestra realidad, para que hagas lo Tuyo, mientras aceptamos lo que viene de ti, Señor.

Hoy, oscureció temprano; durante la misa no pudimos leer bien los cantos y sólo eran las seis de la tarde.

El viento fue aún más fuerte, ya que no llovía; se avecinaba la noche en el corazón del campo abierto a todos lados.

Se presentía que las familias querían volver a sus hogares que protegen de los vientos y de la noche.

Volvían a sus casas solitarias, bien abrigadas; iban a cenar, a lo mejor, escuchar un noticiero, y pronto se acostarían para descansar, al oír el viento que, desde el interior de la casa, era muy agradable.

Mañana se despertarán temprano, tomarán sus mates; no bien aparezca el sol, saldrán a trabajar.



## 9. CERREZUELO

Pensé en ese Cerro desde que comencé la recorrida por los pueblos; es que me impactaba y me inquietaba a la vez. Los vientos me traen aquí: me detengo, miro alrededor a los confines, hasta donde alcanza mi vista y mis sentimientos. Desearía llegar lejos; lo que viene del Señor es sagrado y tú, Señor, vas viendo todos los rincones de la tierra sagrada; así es.

Llego con el Mensaje de Jesús, que desde siempre pronuncia la misma Palabra; el tiempo la recibe, el viento la lleva y Ella golpea, como el soplo, lo que encuentra en el camino. Así tú, Señor, por la Palabra de Jesús, golpeas los corazones; tu soplo es extraño y tan familiar a la vez, que nadie puede perderlo, al contrario, llega a los que sentirán la necesidad de responderte. Y no sé si te responderán, pero sentirán la urgencia.

Desde la capilla, las tierras se inclinan hacia el Cerro como cayendo de rodillas, postrándose; el Cerro es respetado. La capilla dedicada a la Virgen de Fátima; por alguna razón, la Virgen con este Nombre, está aquí. La capilla es humilde como la casa de la Virgen; acoge a los humildes, a los pobres del campo, a los niños, a todos.

La capilla vale tanto, cuánta vida representa para el pueblo que viene; es que lo necesita al Señor en medio de sus vidas sencillas, humildes, de cada día y a cada hora. Creo que, de veras, encuentran al Señor por sus necesidades, en el tiempo que es del Señor.

Nadie puede poner en duda las vivencias del Señor, en medio de la gente de campo; se las ve, se las percibe de lejos. El Señor está cercano, grabado en la vida cotidiana; y es una vida sencilla, monótona, para los que no saben mirarla.

No obstante, aquí, el Señor es exigente, con sentimientos duros; a veces, despierta tristeza y miedo.

No es el Padre de Jesús, que ama, que perdona y convive con el pueblo de amigos; por eso, aún necesitan ver a Jesús, a escucharlo con el corazón.

El Dios de amor, con su paz entra en la vida del pueblo; si el pueblo no se da cuenta o no es su tiempo, pronto lo verán, pues el Señor brindará su gracia, para poder verlo, si es que lo desean; hay que decírselo con mucha claridad, para que se despierten; es que deben encontrar al Padre de Jesús.

La Virgen de Fátima viene con su Mensaje, desde hace años, para aquellos que se conviertan a un Dios verdadero.

Si el hombre vuelve al Señor, cambia en su vida; pues en esa actitud, está el regreso a la Vida con los principios del Señor.

La Virgen habla y el pueblo la presiente; es la Virgen de la Paz, en medio de las guerras que viven los hombres.

La vivencia de Jesús en esta tierra es como sentir la vida, es como mirar las plantas que crecen.

Jesús vive como un desconocido, no obstante, está en medio de las tierras y las vidas; se lo percibe, si los corazones están atentos.

Jesús entra con su Mensaje, como en todos los tiempos; es un Jesús de paz y de amor, de perdón y de reconciliación, de una nueva vida en medio de estas tierras del Señor.

Son esas tierras que suelen sufrir por falta de agua; y están ansiosas como el hombre que busca al Señor.

Las tierras son hermosas; y las piedras, moldeadas por el viento, las lluvias; el paisaje me hace recordar las tierras de Jesús.

Si son distintas, el paisaje me habla igual, de Él; la sencillez del pueblo me habla de aquel pueblo de Jesús, que estuvo en

aquellos tiempos; hoy, está aquí.

¡Cómo me gustaría ver aquí, los olivares y viñedos que trepan a las colinas!; ¡una tierra de vino y de aceitunas!

El pueblo no lo sabe ni lo busca; y mientras sueño en la tierra de Jesús, quisiera ver aquel lugar donde Él había vivido.

A lo mejor, sería una tierra de leche, miel y vino, bendecida por el Señor para sus hijos predilectos.

Vuelvo a la Cumbre, antes de que termine el día; deseo ver las tierras que rodean al Cerro; vengo con el Evangelio entre mis manos, para pronunciar las Sagradas Palabras por estas tierras y por los pueblos que aún no se han reunido en este lugar.

Abro el Evangelio de San Mateo y comienzo a pronunciar las Bienaventuranzas en el Nombre de Jesús, a los vientos que cruzan estas tierras; y los mismos las llevarán por donde el Señor quiera.

Después de pronunciar la Palabra de Jesús, a los vientos, a los animales, a los campos, a las piedras y a los pueblos, me pongo triste por un instante; es que sospecho que algún día, este Cerro podría desaparecer, como tantas realidades donde interviene el hombre.

Porque se llevan las piedras y el Cerro baja; por lo menos, que perduren las Palabras de Jesús desde la altura del Cerro, por los tiempos y los pueblos que vendrían.



## 10. LA PALOMA

Quien va en el Nombre de Jesús, lleva la paz; y la siembra como un aire que es bueno, por donde pasa, sin descanso. Quiero llegar con la paz de Jesús; ¡cómo quisiese tenerla abundante, para darla a todos!

El pueblo tuyo necesita de tu paz, Señor; pues, si no la tiene, te busca en los caminos por donde lleva la vida. Es tu pueblo, Señor, tú lo sabes. No sé si ellos saben que te pertenecen; pero te reconocen por tu paz, signo preclaro de tu Presencia.

Son muchos los que buscan la paz; y también están aquellos que buscan las guerras; no son las que tú despiertas, Señor. Pues, tú traes la guerra que se comprende, mientras estás dando tu paz para poder encontrarnos; en medio de tantas confusiones que vive el hombre, tú das la paz en abundancia.

Los que iban en el Nombre de Jesús, llevando la paz, aún hallaban respuestas; porque frente a tu paz, Señor, el hombre no se queda indiferente. Una vez, la acepta en medio de tu obra que inicias en su vida; otras veces, se encierra, se enceguece, rechazándote; y cómo te rechaza, mi Señor.

La Paloma es Tu Signo; estuvo presente cuando Jesús recibía el Bautismo en el agua de Jordán. Ahora, va descendiendo a la tierra, en Jesús consagrado en el Cielo; se abre su gran Misión para todos los tiempos. Tú, te llamas La Paloma; ¿acaso, has recibido al Espíritu? No obstante, todo está envuelto en un profundo silencio.

El Espíritu desciende a la tierra, para iniciar un nuevo tiempo de la gracia.

Mientras los hombres tienen su proyecto y lo buscan en sus caminos, el Espíritu Santo abre el Camino con su perspectiva e inicia la Obra que muy pocos comprenden. No obstante, ellos están para ver lo que deben ver; para dar el testimonio por los tiempos que vienen.

Antes de llegar aquí, busqué el sentido de tu Nombre.  
¿Acaso será el signo del Bautismo de Jesús, con la Voz del Padre y la Paloma que desciende de los Cielos?  
¿Qué espera el Señor de ti, en qué tiempo?  
Parece que te sigue esperando; creo que no te puedes volver atrás, sino debes responderle.

Tus alargadas colinas son como alas; se van extendiendo en el aire del Señor, por donde sigue flotando tu vida.  
Tus colinas se abren a los pueblos de tu alrededor.  
Tus alas promueven aires y si te sostienen en las alturas, a la vez, expresan tu movimiento para llegar lo más lejos posible.  
Es que tú, con la paz de Jesús, debes llegar a tus hermanos.

La paz tiene las alas de la buena madre que protege a sus polluelos; mientras ella está presente, sabe cómo proteger y defender la vida en medio de las guerras.  
¿Extenderás tus alas, llegarás lejos?  
¿Serás un pueblo de paz?; ¿te reconocerán?  
Entonces, vendrán los que deban venir; y pasarán por tus tierras, buscando la paz y al Señor.

Si el Señor te llama para que lleves paz a los hermanos que rodean a tus tierras, búscala para ti.  
Tu Nombre es como el imán; atrae paz, para que la llares y la recibas; te alcanzará para ti y de su abundancia, la podrás llevar donde la deban recibir.  
Lleva tu Nombre como un estandarte.  
Tu Nombre es paz, el Señor lo dice.

No obstante, debes vencer las guerras y pasar por un tiempo que te asusta; si hoy no buscas la paz que viene del Señor, mañana verás guerras aún más grandes.

Pues, pasarás por las confusiones; hasta podrías llegar a la desesperación que, si termina bien, es buena.

Necesitas llegar a la paz que el Señor tiene prevista para ti y para muchos de tus hermanos.

Jesús estuvo ante el pueblo que no lo reconoció; y habló de la paz que Él buscaba para sus hermanos.

El pueblo se fue por su camino; y Jesús vio cosas que iban a pasar, muy tristes, en un tiempo no tan lejano.

No obstante, en estas circunstancias, aún había esperanza de la paz que vendría algún día; y a pesar de las destrucciones, su pueblo recibiría la paz.

Cuando celebré la santa misa, oré por la paz y que Jesús la sembrase en mis hermanos que compartían esa liturgia.

Le pedí a Jesús que ellos fuesen la levadura de su paz, en el pueblo que enfrentaba muchos problemas; pues, confío en que la paz en sus corazones, podría iniciar un camino para asumir a Jesús y vivir su Evangelio; es por la misión de este pueblo.

La paz comienza en cada corazón que acepta a Jesús.

El corazón se hace como un árbol pleno de vida; y por donde el Señor le hace pasar, siembra las semillas de la paz.

Se abren los caminos hacia los hermanos y los pueblos; y en algún sentido, cada corazón puede ser un principio de la paz que viene del Señor.

¿Cuánto tiempo tardará el pueblo?

¿Y cuántas cosas pasarán?

Quizás, serán muchas, es que el hombre se opone al Señor.

¿Por qué se enfrenta? ¿Quién lo comprendería?  
No obstante, el Señor tiene la Palabra; si previene la paz para su pueblo, algún día, la misma llegará con más fuerza aún.

## 11. SAN JOSÉ DE LAS CAÑAS

Me dirigía a San José de las Cañas, recordando a los pueblos donde debí llegar en estos días, en el camino a Sarandí del Yí; pues, hay muchas realidades para revivirlas, al caminar entre los pueblos.

Estoy lleno de pensamientos: mi espíritu se eleva en medio de una vida plena del Señor; por las distancias, el hombre aún no ha llegado decididamente con sus proyectos, y la vida está impregnada del Señor.

Me pregunté: ¿por qué en los grandes centros no se ve tanto a Jesús como en estas tierras?

¿Sería que el hombre, con su presencia, aún arruina lo que el Señor promueve durante mucho tiempo?

A esta tierra, en los últimos veinte años, la recorría el Padre Emiliano; ¿quién no lo conoce aquí?; pues él iba donde lo necesitaban, y estaba con la gente; en veinte años puso los cimientos de las comunidades, donde están las capillas y las postas sanitarias; y si digo que puso los cimientos, no me olvido de que el que los pone, es el Señor.

¿En qué sentido esos centros seguirán influyendo en la vida de los pueblos?

Si quisiese describir de una manera sencilla toda la misión del Padre Emiliano, no precisaría muchas palabras; lo cierto es que jamás ha dicho no a la gente necesitada; jamás ha negado medicamentos ni leche para los chicos; a los pobres les daba de corazón.

Es cierto que el ser humano lleva su debilidad que le impide resurgir de su pobreza; cuando uno esperaría a que se supere, quizás se quede con su pobreza muy honda, pues la misma depende de muchas cosas que los pobres no saben resolver, mientras que, con su familia e hijos, necesitan pan y casa.

El pobre se queda con su razonamiento, aún diferente del que suelen tener aquellos que no se consideran pobres.

Entonces seguimos distantes, como los vehículos en distintas rutas, mientras el pobre sufre, sintiéndose rechazado.

La falta de comprensión no permite ver la verdadera pobreza; el pobre busca su justificación, cuando otros lo critican, aún juzgan y rechazan; eso se presiente, y es lo que más duele a los pobres.

¿Qué nos queda?; abrir nuestro corazón tan ampliamente para que ellos vean el amor más allá del juicio que es injusto; pues el corazón abierto anima a los pobres, pero en un tiempo que es distinto del nuestro y ellos, aún enfrentan su vida que suele ser acomplexada, resentida.

Me detengo para analizar la vida del pobre: un alcohólico, un pobre sin casa, quien abandona a sus hijos, el que aún sigue pidiendo y tiene las dos manos sanas, y no aguanta ni un día en el trabajo; quien gasta mucho y no tiene nada, y se atreve a pedir, mientras los que debiesen hacerlo, se avergüenzan. Me parece que hay un misterio de la pobreza, como con otras cosas que vive el hombre; y si es así, hay que respetarlo; ante a los misterios uno debe callarse.

¿Quién entra en el corazón del pobre para ver lo que le pasa, si el mismo tampoco se comprende? ¿Quién sabe qué cosas le habrán pasado y hoy, sólo lo condicionan?

La vida tiene un porqué en todo lo que pasa; no hay nada sin causas; y es difícil levantarse, pues, lo que para unos parece sencillo, para otros es una barrera; y ni siquiera intentan pasarla. Uno de los errores que solemos cometer, es poner nuestros criterios para los acontecimientos, cuando es cierto que cada uno tiene su camino; y lo que para unos parece sencillo, para otros no lo es.

Ayudamos, al dejar de juzgar, al buscar la comprensión que

viene del Señor. Es que la vida se presenta comprensible, al recibir la luz del Cielo; en otro caso, la juzgamos y aún despreciamos, siendo indiferentes de la misma.

La comprensión que viene del Señor nos da la luz suficiente para poder aceptar y hasta comprender los pasos perdidos; entonces, los mismos despiertan amor y misericordia.

Quien comprende, no apura los cambios, sino espera y ama.

Sólo quien comprende, puede amar incondicionalmente.

Quien ama, despierta las fuerzas que superan la realidad; y si algún día, llevan a un buen cambio, quizá sea la hora para poder ver el pasado y cuánta esclavitud había sufrido el ser humano. En fin, el amor libera al espíritu, para que empiece a abrirse en medio de la realidad que lo condiciona.

Es cierto que el amor paciente sabe superar la realidad.

El amor abre los ojos; posibilita ver la vida sin desprecio ni rechazo; hace mirarla de una manera justa.

Los pobres prefieren resguardar su imagen; tienen un modo de verse lleno de complejos; aún se resienten, al hallarse en medio de una realidad con su propio rostro.

Si desean superarse, necesitan ver su vida; pero la verdad les asusta y perturba; procuran no enfrentarla.

Entonces, ¿cómo les ayudamos?; amándolos, brindándoles el tiempo para que se vean, confiando en ellos, de un modo tan fuerte que les contagie, mientras caminan como el niño que no quiere dar su primer paso.

Si Jesús está con los pobres e infelices, nos muestra el lugar donde debemos estar; pues, no hay pobreza que no pueda ser superada; pero antes, Jesús transforma nuestro corazón.

No debemos retirarnos de nadie, ni abandonar ni siquiera a un pobre, por más difícil que fuese.

Entonces, Jesús, dame tu corazón; que vengan tus pobres y tus enfermos; sáname, para ir sanando a mis hermanos.

No sé por qué hice esta reflexión, en el pueblo de San José de las Cañas; ojalá sirva para mí y para otros.

Es un pueblo humilde, sencillo; tiene sus pobrezaas que debe superar, y no siempre sabe hacerlo.

Recordemos que el amor del Señor nos hace resurgir, porque llega hasta las entrañas del corazón, para superar a la vida; y si Jesús nos llena del amor puro, nuestra vida resucita; así, podemos llegar a los hermanos.

Dice Jesús: "ámense, como yo os he amado".

De esta manera, inicia un nuevo camino para sus discípulos y para la humanidad. Hoy, va sembrando el mismo amor en los que quieren llevar su Nombre.

Todas nuestras iniciativas tendrán sentido, si se alimentan en Jesús; allí encuentran su fuente para crecer.

Que este pueblo crezca en el amor de Jesús; que su amor se haga la riqueza aún en medio de las pobrezaas; pues, Quien las supera, superará sus vidas.

## 12. CAPILLA DE FARRUCO

Yo volvía de Blanquillo cruzando por Capilla de Farruco, por un camino solitario, y de noche; a esas horas, no se encuentra a nadie; sólo algún animal suelto, perdido; por allí, aparece un caballo blanco, una vaca asustada; y los corderos, más frecuentes que otros animales, con los ojos que brillan de noche; no se asustan, al estar atentos.

Y la vida se despertó por la tormenta; esa vez, el cielo no hacía tanto ruido; la tormenta aguardaba una lluvia pronta con vientos y relámpagos.

Vi desde lejos los rayos que caían, muy frecuentes, cuando la lluvia empezó a penetrar el camino que se ponía tenso.

Los rayos lejanos asustaban; a la vez, daban luz.

La luz venía del costado, caminando a la par; aún aparecían otras luces, entre las piedras de Las Cañas; éstas caían como blancas serpientes, cada vez más frecuentes, mientras que la lluvia seguía creciendo en ese camino extraño, lleno de tanta luz, en un intenso movimiento entre el cielo y la tierra.

En el camino, despacio, me acercaba a Capilla de Farruco, y las luces venían al encuentro que yo no deseaba.

La lluvia aumentaba, se ponía de frente, se aproximaba.

Tuve miedo; miraba si estaban los árboles o los montes; si se le ocurriese a un rayo caer cerca, sería mejor que lo recibiese mi hermano árbol, pensé; sí, sentí que el Señor me protegía, que mi vida estaba en sus manos.

En fin, cuando la tormenta se aproximó casi contra las ruedas del coche, y la lluvia se puso como la pared, llegué al lugar donde las piedras recuerdan otro tiempo y la construcción de piedra trae muchos recuerdos.

Debí parar, al presentir la voz que me llamaba a que no avanzase, en el encuentro, donde la luz y el agua eran muy

fuertes; yo oraba pidiendo serenidad en mi vida que dependía del Señor.

Pensé en la historia de estas tierras, en las luchas que eran crueles; en las injusticias que no tenían tanta claridad de ser injustas; y pensé en las vidas entregadas en las luchas, en las guerras por las tierras. La tormenta habló de la historia del lugar, mientras tuve que esperar a que el tiempo mejorase; en fin, debí cruzar el agua que no se calmaba, la que inundaba los tiempos que, a pesar de ser desconocidos por el pueblo, seguían flotando en medio de la vida.

El viejo edificio ya abandonado, en parte destruido, pasó por los cambios, con intención de restaurarlo o darle utilidad; su historia es casi desconocida para el pueblo, el que quizás, no tiene nada que ver con aquel tiempo; no obstante, sigue como flotando en medio de una vida que aún no se aquieta. Hay cosas que deben pacificarse, se deben definir en medio de la paz que quieren tener los hombres, y es la que viene del Señor.

Las piedras siguen siendo piedras; no son duras, pero resisten frente a los tiempos; son testigos de las vidas, de los tiempos; en ellas están grabadas la historia y la vida.

Donde están las piedras, la realidad se asemeja a ellas; se hace dura para enfrentar lo que viene.

En esta vida muy exigente, el Señor quiere sembrar su Vida, que podría crecer aún en medio de las piedras; pues, Él está en las piedras y en los corazones de los hombres.

Aquí vivía mucha gente, con una iglesia bastante grande, pero hoy, tan sólo quedan algunas casas de piedra, sin techo; y los viejos ombúes ya caídos en el suelo, y sólo sus rebrotes atestiguan que pertenecen a la vida.

El pueblo se envolvió como triste, aún perdido en medio de los tiempos; y así, todo viene, está y se va, ¿hacia dónde?

No obstante, en este pueblo tan pequeño, hay corazones que luchan, y tienen fe en un futuro que pone la esperanza en el Señor; y Él está en las transformaciones aún en medio de una historia que es confusa y triste, en la vida que parece perdida; el Señor está más allá de la historia.

Es esa historia, no otra; y debemos esperar, porque el Señor sigue marcando la vida que viene.

¿Qué ocurrirá con el viejo edificio?

¿Qué pasará con el pueblo, que parece indefenso?

¿Qué podemos esperar por el día de mañana?

Son las preguntas que se ponen más claras con el tiempo que viene, mientras el pueblo tan sólo espera en el Señor.

Aquí quiere hallarse una comunidad que tiene fe; y es la hora para que crezca y se exprese.

Cuando celebré la liturgia en el viejo edificio, sentí un nuevo aire para la Comunidad; quizás, le lleve mucho tiempo, pero hay quienes están por despertarse; hay que darles el tiempo; algunos lo saben, esperan para que madure el llamado.

El Señor llega a las ruinas, para que resurja su pueblo; no es de la manera como soñamos, porque su Obra supera nuestro modo de pensar.

Me voy en paz; a pesar de que la imagen del pueblo me hace sufrir; tengo la confianza de que el Señor guía los tiempos; el hombre propone cosas que no son como el Señor las quiere, y mañana, las mismas, sirven igual por lo que es la vida.

Me voy en paz; debo llegar a Las Cañas.

Ayer hubo una fuerte tormenta que golpeó en aquella zona; aún deseo ver cómo están mis hermanos, mientras visito otro pueblo del Señor.



### 13. LAS CAÑAS

Se abre el camino para el pueblo que parecía perdido entre las piedras y tierras; es el camino que despierta esperanzas, cuando el hombre quiere comunicarse con el mundo.

Pero, ¿con qué mundo?; ¿por qué el hombre está tan ansioso de comunicarse?

No sé contestarlo y quizás, ni siquiera pueda hacerlo.

El camino une a los pueblos, se proyecta para los ómnibus, los médicos y carteros.

El hombre se comunica con el hombre, busca nuevas cosas, y viene la civilización desde los centros urbanos.

¿Qué es la civilización?; ¿es la que debe buscar el hombre o se engaña, se llena de cosas que no le sirven?

Y las cosas quizás, le sirven, tan sólo por hoy.

La escuela cumple cincuenta años de la enseñanza; son años de mucha tarea que el pueblo reconoce, la valora y la ve con agrado; y los maestros, como mensajeros anuncian el futuro en las vidas tempranas, abiertas para recibir.

¡Qué hermosa es tu tierra!

¡Qué hermosas son tus piedras!

Las lluvias llegan, cuando las piedras atraen las tormentas que la tierra necesita.

¡Tierra de corderitos que se confunden con las piedras!

¡Tierra amable de un pueblo humilde, tierno!

Tú, Señor, me lo haces ver.

Tus casas protegidas con paja quemada al sol, impregnada con lluvias, se confunden con el paisaje, como las perdices con los pastos; es muy agradable ver esta composición entre las casas y la tierra.

La vida siguió su ritmo, intuyendo los tiempos; es la vivencia

aún acariciada por los hombres, aún felices en sus casas de barro y paja, en tu tierra, Señor.

El arroyo pasa por debajo, corta la tierra; es como una herida en medio del pueblo.

Hubo sequías; entonces, buscaban agua en el arroyo, y luego, la llevaban hasta donde la necesitaban.

Y hay un chorro de agua, muy respetado por el pueblo, pues quien cuida el agua, valora la vida.

El agua es vida, ¿quién no lo sabe?

Aquí, puede faltar agua, porque la sequía suele prolongarse. En cierta temporada, las nubes empiezan a rondar y la lluvia no viene, espera otro tiempo.

Otra vez, las nubes descargan su furia, como un león muerto de hambre, que corre tras la primera presa que ve; y la tierra recibe la furia, y acoge el agua sin palabra ni quejas.

Los pueblos aislados hallan su modo, para vivir de lo poco que tienen, agradecidos al Señor por el agua y el pan; ellos no tienen muchas ambiciones ni esperan demasiado de la vida; con una mirada penetrante y un pensamiento sereno, viven tranquilos de lo que tienen.

Quien entra por primera vez, aún ve la vida distinta, y se pregunta por las cosas que no entiende; es que, para muchos, al ser más sencilla la vida, menos la comprendemos.

Cuando se habla de Dios, escuchan con mucha atención, con respeto tan natural; me asustan por su modo de escuchar tan respetuoso.

Perciben las vivencias del espíritu aún más de lo que uno buscase; son como la tierra seca, pero llenos del Señor.

A la vez, tienen tanta sed de Él; y frente a la realidad, casi me detengo sin decir nada.

Hay muchas cosas en sus vidas no asumidas ni reconciliadas, que llevarán su tiempo, hasta que el Señor las penetre.

A ciertas vivencias Él debe vencer para que estén en paz, y que se vean hijos queridos del Padre.

Presiento que hay mucha resignación, y no es lo mismo que la aceptación; y es un largo camino para recorrer, mientras el Señor nos depura de tristezas y de resentimientos, de miedos y de culpas; pues resignarse no es vivir, es tan sólo postergar la agonía.

No sé si el pueblo ve que vive una especie de agonía.

Con verse cada vez más pequeño, y con sus casas vacías y cada vez menos gente, puede llegar a sentirse vencido; y la agonía sólo posterga.

Mientras vive resignado, hasta abatido, entra Jesús para crear nuevas esperanzas; así, se queda con su pueblo.

El pueblo quiere su capilla; la presiente como una necesidad; es la urgencia para los que quieren recuperar sus esperanzas, justamente ahora.

La capilla sería el signo, en un pueblo que quiere despertarse, diría, casi de su propia agonía.

La vida sigue recuperándose; parece que tiene expectativas de afianzarse en sus esperanzas; las alimenta el Señor.



PREFACIO	3
1. CHILENO	5
2. BLANQUILLO	9
3. CERRO CONVENTO	13
4. CHILENO GRANDE Y CAÑAS	17
5. LA MAZAMORRA	21
6. LA ALEGRÍA	25
7. CUCHILLA RAMIREZ	29
8. PASO DEL GORDO	33
9. CERREZUELO	39
10. LA PALOMA	43
11. SAN JOSÉ DE LAS CAÑAS	47
12. CAPILLA DE FARRUCO	51
13. LAS CAÑAS	55

